

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

PARIS-MEDITERRANEO
(DOS EN UN COCHE)



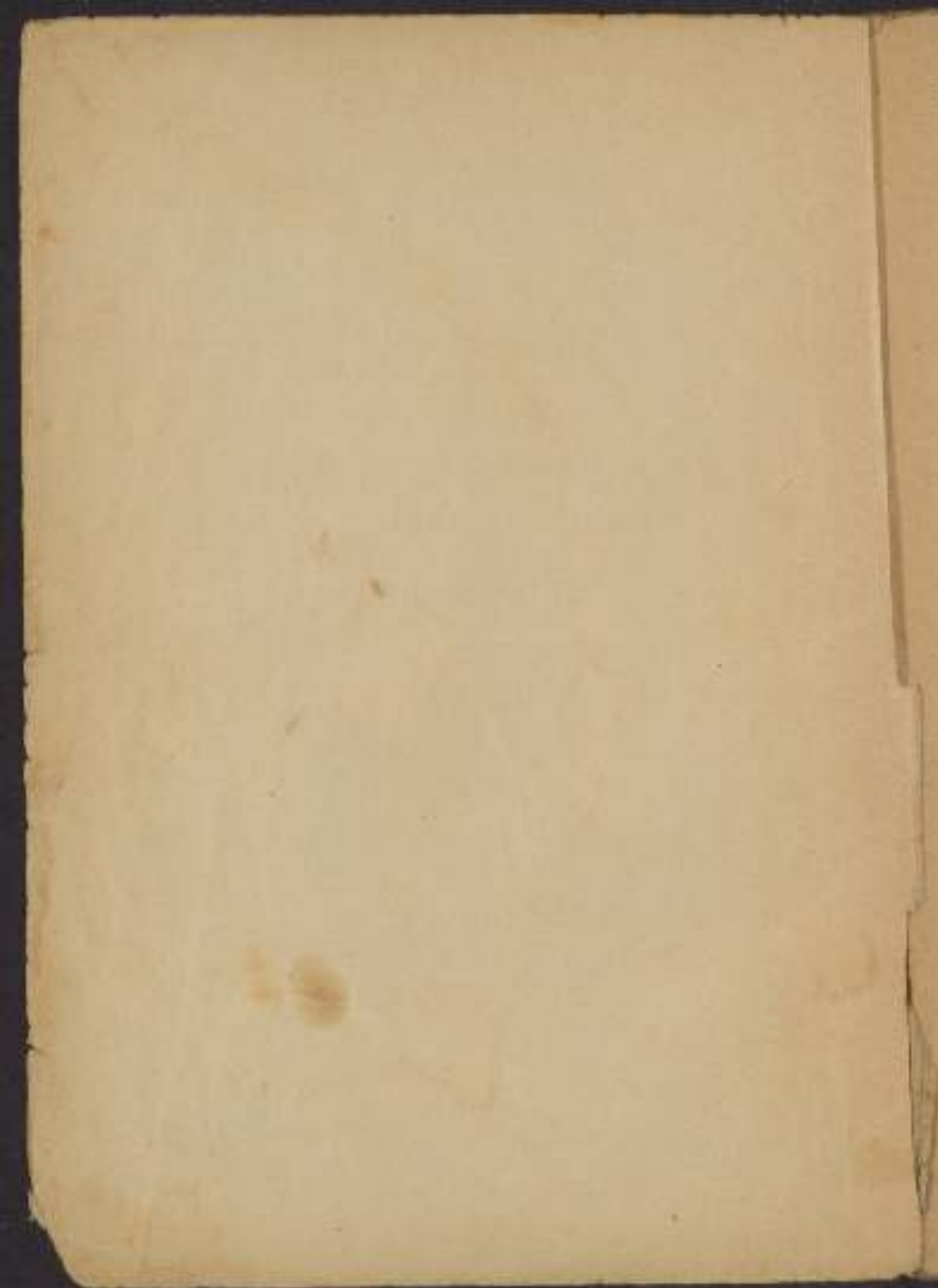
ANNABELLA - JEAN MURAT

50
TS.

EDICIONES BISTAGNE

PRINCE DE LA PAIX 10 -
BARCELONA

ARGUMENTO
COMPLETO



EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: Francisco-Marío BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, núm. 18 bis
Teléfono 18561. - BARCELONA

Año I

Núm. 7

PARIS - MEDITERRANEO

(Dos en un coche)

Deliciosa opereta francesa, de éxito rotundo,
interpretada por

ANNABELLA y JEAN MURAT

Es un film

S. A. G. E.



Selecciones Julio - César

Bruch, 11 - BARCELONA
Marqués de Urquijo, 3 - MADRID



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

EXCLUSIVA DE VENTA EN ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barberá, 18
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 158 - Teléfono 76507

París - Mediterráneo

(Dos en un coche)

Argumento de la película

I

Jacqueline, encargada del departamento de música en un gran bazar de París, estaba vendiendo un gramófono a un caballero.

Se veía claramente que el caballero compraría el gramófono y todo lo que Jacqueline quisiera hacerle comprar.

Una vez vendido el aparato, Jacqueline comenzó a poner placas y a preguntar cada vez que terminaba una:

—¿Qué le parece?

Y el cliente contestaba invariablemente, sin apartar los ojos de Jacqueline:

—Deliciosa.

Así le hizo comprar Jacqueline cincuenta placas.

El joven Mirasol, también dependiente y pianista de la casa, no quitaba ojo a la linda dependiente, pues en verdad Jacqueline era una delicia por todos conceptos. De cuerpo, de cara, hablando, riendo; toda y en todo era en extremo sugestiva.

Mirasol estaba locamente enamorado de Jacqueline. No vivía sino para pensar en ella y no tenía ojos sino para mirarla.

Y como además era un temperamento ardiente y caloso, sufría extraordinariamente.

Ahora la espía oculto tras una granela y se mordía las manos viendo las sonrisas que Jacqueline dirigía al cliente.

De pronto fué llamado por el encargado para que tocara al piano una pieza de música que una señorita quería comprar.

Mirasol se dispuso a obedecer, pero absorto en su incurable obsesión y por mirar a su adorado tormento, cometió toda clase de rarezas, desde confundir a la compradora con el atril del piano hasta mezclar con la ejecución una serie de saltos con objeto de ver a su amor por encima y por un lado de la caja del piano.

Sonaron por fin los timbres anunciando que era la hora de cerrar y este momento fué aprovechado por Mirasol para declarar una vez más su amor a Jacqueline con palabras tan ardientes y elevadas que bien podrían haber sido pronunciadas en un escenario.

Lo reprochó su indiferencia, le dijo que se mataría si ella no le amaba y acompañó estas palabras con ademanes tan vehementes y apasionados que rompió varias placas y dos gramófonos rodaron por el suelo.

Pero Jacqueline, que no estaba para amores ni amoríos y que quería conservar la independencia de su corazón, le dió por centésima vez calabazas.

Mirasol comenzó a lanzar gemidos angustiosos sin preocuparse de que estaba dando el espectáculo, y en estos nuevos arrebatos de dolor rompió unas cuantas placas más.

Pero Jacqueline no le hizo el menor caso. Tenía que cenar pronto, pues aquella noche tenía el propósito de ir al "hall" del Carlton, donde había de arreglar un asunto importantísimo para ella.

Entretanto, en el "hall" del Carlton, Anatole Biscotte, tenedor de libros de unos importantes almacenes de géneros de punto, iba de un lado a otro con una bocina en la mano.

A cada persona que encontraba le mostraba la bocina y esto producía el natural regocijo entre la distinguida concurrencia.

La hilaridad era causada en parte por el aspecto un tanto grotesco de Biscotte, que era bajito y poseía un hermoso apéndice nasal. Sus facciones eran tan duras como el granito y llevaba un traje a cuadros que le convertía en un tablero de damas viviente.

Cuando ya había dado varias vueltas por el salón sin lograr su misterioso propósito, se acercó al mostrador y explicó al conserje:

—Tengo que reunirme con una persona a la que no conozco y que no me conoce a mí. Esta bocina es la señal para que ella

sepa que soy yo. Por eso voy mostrándola a todas las personas que hay en el "hall". Como hasta ahora no he logrado dar con ella ¿quiere usted aconsejarme?

—Lo mejor será—repuso el conserje haciendo esfuerzos para contener la risa—que vaya usted a la bibliotera.

Biscotte dió las gracias y, siguiendo el consejo del conserje, entró en la bibliotecas con la bocina en la mano, lo que produjo entre los lectores la consiguiente sorpresa.

Una vez hubo dado la vuelta por la sala, Biscotte volvió al "hall" decepcionado.

Como estaba cansado, se sentó a una mesa donde un elegante joven, con tipo de inglés, leía un periódico.

Aquel joven era lord Kingsdale, uno de los nobles más ricos de su país que acababa de llegar en un soberbio automóvil.

Biscotte le mostró la bocina tan pronto como volvió la cabeza y el movimiento fué acogido por lord Kingsdale con una mueca en la que el desdén se mezclaba a la extrañeza.

Volvió a absorberse en la lectura del periódico y entonces se le acercó su chofer para preguntarle si lo necesitaba.

—No. Puedes guardar el auto.

Y otra vez se absorbió en la lectura.

Al escuchar la palabra "auto" una sonrisa de felicidad animó el rostro de Biscotte.

—¿También usted tiene un auto?

Lord Kingsdale cerró el periódico con un gesto de fastidio. Estaba visto que no iban a dejarle terminar de leer la única noticia que había comenzado.

—Sí—repuso seramente.

—Yo también tengo uno. Me ha tocado en una rifa.

Le hizo gracia a lord Kingsdale el gesto de orgullo con que el desconocido había pronunciado estas palabras y se dispuso a conversar con él a modo de diversión.

—Le felicito.

—Ahora voy a hacer una expedición por la Costa Azul.

—Ahí ¿Sí?

—Sí, señor. Mira.

Y le mostró un periódico en el que estaba señalado con lápiz rojo el siguiente anuncio:

"Para viaje Costa Azul en auto de mi propiedad, deseo acompañante que quiera pagar gastos de neumáticos y gasolina. Escribir a Anatole Biscotte. Tenedar de libros. Almacenes X."

—Buena idea! ¿Y ha encontrado usted quién quiera acompañarle?

—Sí, señor. Ha de venir aquí esta noche para ultimar el trato. Vea usted la carta.

Le entregó la bocina y sacó la cartera. De ella extrajo un sobre y del sobre un pliego que entregó al inglés sin tener la precaución de recuperar la bocina una vez tuvo las manos libres.

Lord Kingsdale leyó la carta por encima. Firmaba J. P., quien decía tener una hermana empleada en una fábrica de neumáticos, con lo que podría adquirir los neumáticos a muy buen precio y dedicar el resto de sus ahorros al gasto de gasolina.

—¡Bravo, hombre, bravo! Pues le vuelvo a felicitar.

En este momento entró Jacqueline en el "hall" y al ver al simpático Kingsdale con la bocina en la mano se apresuró a llamar al botones y a decirle:

—¿Ves aquel señor que tiene una bocina? Pues dile que le espero.

El botones cumplió el encargo inmediatamente y lord Kingsdale quedó muy sorprendido al oír lo que el botones le comunicaba y ver a Jacqueline.

—¿A mí?—preguntó—. ¿Estás seguro de que es a mí a quien desea ver esa señorita?

—Sí, señor—repuso el botones dirigiendo una mirada a la bocina que aun tenía en la mano, junto a la carta que le había dado a leer Biscotte.

Lord Kingsdale vaciló un momento, pero al observar más despacio la belleza de la muchacha, se levantó decidido.

—Perdone un momento—dijo a Biscotte.

Y se fué el encuentro de Jacqueline.

II

—¿En qué puedo servirle, señorita?—preguntó el lord amablemente.

—Yo soy la persona que le ha escrito a usted hoy.

—¿Cómo? ¿Que usted me ha escrito a mí? Pues no he recibido la carta. Seguramente estará en...

—Pero si la tiene usted en la mano.

Lord Kingsdale miró la carta y lo comprendió todo rápidamente. Aquella preciosa joven era la que firmaba J. P. en la

carta dirigida a Biscotte y la había tomado a él por el dueño del auto.

Dirigió una mirada a Biscotte y vió que estaba distraído mirando a la gente que entraba en el "hall". Rápidamente tomó una determinación temeraria: aprovecharse de la confusión que la encantadora muchacha había sufrido.

—¡Ah, sí! ¡Usted es J. P.! Perdóneme. ¡Ando tan azorado estos días con el asunto del viaje!...

—Perdone mi curiosidad, señor Biscotte. ¿Cómo es que tiene usted un auto siendo un modesto teedor de libros?

—Porque me ha tocado en una rifa.

—¡Vaya una suerte!

—La suerte es que haya encontrado quien quiera acompañarme en este viaje. Ahora permítame a mí una pregunta: ¿Qué quiere decir J. P.?

—Jacqueline Parvout.

—Celebro que tenga usted un nombre tan bonito.

—Creo que debemos ir al grano, señor Biscotte. Debemos ultimar el asunto del viaje.

—En efecto.

Lord Kingsdale dirigió una mirada en torno suyo y comprendió que no estaba bien allí.

—Tenga la bondad de acompañarme. Disponga de una salita donde podremos charlar con toda tranquilidad.

Aceptó Jacqueline, la cual quedó asombrada al entrar en la suntuosa sala que pertenecía a lord Kingsdale.

—Pero ¿ha alquilado usted estas habitaciones tan magníficas?

Lord Kingsdale rió estúpidamente, no sabiendo cómo salir del aprieto.

—No las he alquilado. Es que... el conserje es amigo mío y me las ha cedido para que pueda hablar con usted.

En seguida tuvo que salir de otros aprietos semejantes, cuando Jacqueline le hizo algunas preguntas acerca de su familia y del almacén de géneros de punto donde trabajaba.

Por fin, Jacqueline acometió el lado práctico del asunto.

—Pues verá usted, señor Biscotte. Mis ahorros ascienden a 1.200 francos. He guardado trescientos y los demás voy a dedicarlos a este viaje. ¿Cree usted que con eso y con lo que usted ponga habrá bastante?

—¡Ya lo creo! Sobrará. Además, verá usted cómo hacemos una fortuna en Montecarlo.

—¿Ya está usted pensando en jugar? Veo que es usted mal administrador. Seré yo la que lleve el dinero.

—En efecto, será mejor, porque yo...

—Y usted, ¿de cuánto dispone? Porque supongo que además del auto pondrá alguna cosa para el asunto del hospedaje.

—¿Por supuesto! Yo también pondré. Yo también tengo ahorros.

—¿Cuánto?

—Pues... 2 900 francos.

—¿Todo eso ha logrado ahorrar?

—Todo eso. Aunque a usted le parezca que soy un derruchador, cuido mucho mi libreta de la Caja de Ahorros.

—Entonces podemos hacer un viaje magnífico. Los quince días de nuestras vacaciones podemos dedicarlos enteramente a viajar. Porque supongo que usted también tendrá vacaciones.

—¿Eh? ¡Ah, sí! Vacaciones. Dos meses de vacaciones.

—¿Dos meses? ¡Qué atrocidad! Pero si la ley marca quince días...

—¿Quince días? Sí, sí. Pero verá usted lo que me ocurre a mí. Es que... llevo tres años sin hacer vacaciones, y el director me ha dicho: "Pasa hágala usted todas de una vez".

—¿Tres años? Entonces le corresponderá mes y medio.

—¿Mes y medio? Sí, justo: tres quincenas. Pero es que... espere a ver... Exacto son cuatro años los que he estado sin hacer vacaciones.

—Bien; entonces estamos de acuerdo en todo, ¿verdad?

—Completamente de acuerdo.

—Sólo falta una cosa.

—¿Cuál?

—La promesa de que usted y yo no hemos de ser más que buenos amigos. Nos conduciremos como leales y francos camaradas.

—De acuerdo. Como leales y francos camaradas.

Sellaron el pacto con un apretón de manos y se despidieron hasta el día siguiente a las dos de la tarde, hora en que lord Kingsdale quedó en ir a casa de Jacqueline para emprender inmediatamente el viaje convenido.

Entretanto, Biscotte regresaba a su casa desolado. Rosalía, la servicial patrona de la casa de huéspedes, le estaba arreglando las maletas.

- No arregle usted nada, Rosalía. No hay viaje.
—¿Por qué?
—Porque ese J. P. era seguramente un camelo.

III

A las dos de la tarde, Jacqueline, acompañada de su hermana, de la vieja sirvienta y de dos neumáticos sin estrenar, esperaba con impaciencia y nerviosismo la llegada de su compañero de viaje.

De pronto sonó el claxon de un automóvil con insistencia de llamada. Jacqueline dió un salto.

—¡Ahí está! ¡Ahí está!

Cargó a la criada con sus maletas y con los dos neumáticos, se despidió de su hermana y bajó a reunirse con el que ella creía Anatole Biscotte.

Se quedó estupefacta al ver el soberbio automóvil en que iba a realizar el viaje.

—Pero ¿ese auto tan magnífico es el que le ha tocado en una rifa?

—Ese. ¡Vaya, suertel, ¿eh?

—Yo esperaba encontrar algún pequeño "Citroen".

—Pues ni es "Citroen", ni es pequeño. Suba usted. Yo me encargaré de su equipaje.

Subió Jacqueline en el baquet y lord Kingsdale comenzó a amontonar fardos y maletas de su compañera de viaje en el interior del auto.

Cuando la criada le entregó los dos neumáticos, comprobó que ahultaban menos que uno solo de los que necesitaba su coche, y con disimulo los dejó en el male, detrás del auto.

—¿Va usted bien ahí?—preguntó Kingsdale, al mismo tiempo que se sentaba ante el volante.

—Voy perfectamente, mucho mejor que en el autobús. Estas sientas son una delicia.

Movió el conductor la palanca de embrague y el auto partió majestuosamente.

La fámula, al ver que los neumáticos se habían quedado allí, echó a correr detrás del auto dando voces, pero lord Kingsdale había tenido la precaución de abrir el escape para no oírlos.

Y cuando la criada volvió de su inútil carrera, ya no estaban los neumáticos donde los había dejado. Un automovilista se los había llevado tranquilamente.

...

Estaba Biscotte en el garaje para sacar su auto, que se parecía mucho a los de juguete, cuando desde el despacho le llamaron.

—¡Señor Biscotte, al teléfono!

Apenas se aplicó el auricular al oído, sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—Pero ¿qué está diciendo, Rosalia? ¿No está usted soñando?

—¡Pero, Rosalia! ¡Eso es formidable! ¿Tres mil francos para mí? ¿Está segura de que son para mí?

—¿Que los envía J. P.? ¡Ahora lo comprendo todo! ¡No ha podido cumplir su compromiso, y como es una persona de honor, me manda los tres mil francos para que pueda emprender solo el viaje! ¡Espléndido! ¡Cierre usted la casa y no deje entrar a nadie!

Salió de estampía y diciendo a voces que le prepararan el auto para emprender el proyectado viaje. Su emoción fué enorme cuando tuvo en sus manos el fajo de billetes. Lo primero que hizo fué comprarse un equipo de viaje, y al día siguiente salía orgullosamente de la casa de huéspedes, en traje de golf, con una mochila y un malakof que le venía un poco grande.

Antes de partir, los reporteros gráficos de los principales periódicos de Francia le fotografiaron con su pequeño automóvil. Y toda la prensa importante reprodujo su retrato sobre un pie que decía, poco más o menos:

"Anatole Biscotte, el afortunado poseedor del número premiado en la rifa a beneficio de los hospitales."

IV

Después de una espléndida jornada en que el auto de lord Kingsdale se deslizó majestuosamente a través de hermosas parajes y en la que Jacqueline vió el mar por primera vez, lo que la emocionó sobremanera, llegaron a una ciudad, donde tenían ya previsto detenerse para cenar y para dormir.

—¿Usted tiene apetito?—preguntó el conductor del auto.

—Bastante. ¿Y usted?

—Yo tengo algo más que apetito: llámuele usted hambre y acertará.

No extrañó a Jacqueline que un tenedor de libros usara tan cruda palabra. Tal como están los tiempos, el sueldo de un modesto empleado no es nada. Lo que no sabía ella es que su amigo, como buen inglés, era un comedor más que regular y se había echado al cuerpo cuatro platos fuertes antes de emprender el viaje.

—¡Miro! ¡Allí tenemos dónde alojarnos!

Y lord Kingsdale, al decir esto, señalaba un magnífico hotel que se alzaba en la entrada de la ciudad.

—Pero ¿está usted loco? Ahí debe de ser carísimo.

—No lo crea.

Y el inglés seguía dirigiendo el coche hacia el soberbio hotel, cuyos criados, al ver el magnífico automóvil, se prepararon para recibir a los viajeros dignamente.

—Es inútil que pretenda usted hacerme bajar en ese hotel. Soy yo la que tiene el dinero y no soltaré ni un céntimo.

El argumento convenció a lord Kingsdale de tal modo, que rodó rápidamente el volante y todos los criados del hotel se quedaron con la boca abierta, viendo cómo el auto se alejaba.

—Puesto que es usted la que manda, diga dónde hemos de parar.

—Siga. Ya le avisaré.

Recorrieron varias calles, y por fin exclamó Jacqueline:

—¡Aquí!

Frenó lord Kingsdale. Se hallaban ante una mugrienta puerta sobre la que se leía: "Fonda del buen vendimiador".

—¿Aquí quiere usted que entremos?—preguntó lord Kingsdale con estremecimiento de repugnancia.

—Sí. Esa fonda tiene una de barata.

Bajaron del auto, y todavía no habían llegado a la puerta, cuando vieron a un hombre corpulento que sacaba a otros dos a empujones.

Estos dos estaban borrachos. El otro, el corpulento, debía de ser el dueño del establecimiento, porque gritaba:

—Ya saben que en mi casa no quiero riñas.

Y completó su argumento dando a uno un puntapié y al otro un puñetazo.

Al ver la faz siniestra de aquel hombre, Jacqueline sintió un

escalofrío de terror. Pero ya el feroz fondista había cambiado de semblante al ver a la elegante pareja y, sobre todo, el magnífico automóvil del que acababa de bajar.

Hizo una reverencia.

—Pasen los señores que vienen a honrar mi casa. En ella hallarán tranquilidad y honradas compañías. El que no es pacífico ni honrado va a la calle inmediatamente. Ustedes lo acaban de ver.

Pasaron los viajeros, y el escalofrío de Jacqueline se repitió al ver a los pacíficos y honrados clientes de la casa. Las cartas y el vino barato eran lo único que se veía en las mesas entre las sucias y callusas manos de la parroquia.

Lord Kingsdale experimentaba también la molestia de quien está acostumbrado a todas las comodidades y de súbito le introducen en una indecente covacha.

Se sentaron. El fondista, con una sonrisa que no sentaba del todo bien en su espantoso semblante, les ofreció la carta.

Lord Kingsdale se la arrebató y comenzó a hacer el menú animadamente. Truchas, pollo...

El tercer plato no lo pudo decir, porque Jacqueline le quitó la carta de las manos al mismo tiempo que lanzaba esta franca exclamación:

—Eso debe de costar un dineral.

Y después de leer la carta detenidamente, pidió una tortilla para los dos.

El fondista no ocultó su desilusión. No esperaba que una señora tan elegante como aquella se preocupara de hacer economías.

—Y de vino, ¿qué quieren?—preguntó, con la esperanza de hacer subir la cuenta con la bebida.

Se animó el rostro de lord Kingsdale.

—Traiga una botellita de buen Burdeos.

—¡No traiga usted ninguna botellita! —rectificó Jacqueline, enérgicamente.

—¿Una botella grande?

—Sí, pero de agua.

El fondista se dirigió a la cocina después de dirigir a los viajeros una mirada de desprecio.

No tardó en volver, mostrándose otra vez tan amable como en un principio.

Los viajeros se estaban comiendo ya la tortilla. El hombre cogió una silla y se sentó entre ellos en actitud poco respetuosa.

—Tengo una espléndida habitación reservada para los matrimonios distinguidos—declaró.

Lord Kingsdale repuso sin conmoverse:

—Pues como si no la tuviera. No somos casados.

—¡Ah! ¿No?... Bueno, como yo soy muy moderno, pueden utilizarla igualmente.

—¡De ningún modo!—protestó Jacqueline—. Tiene usted que preparar dos habitaciones corrientes.

El fondista se levantó y se fué murmurando. Estaba visto que no había modo de sacar el jugo a los elegantes viajeros. “¿Para eso tienen automóvil?”, pensó.

Y encargó a su mujer preparase dos habitaciones para la pareja.

La patrona tuvo un gesto de extrañeza.

—¿Vienen juntos y piden dos habitaciones? ¿Cómo está la juventud!

Y tras esta filosófica exclamación procedió a preparar las dos habitaciones independientes.

V

Apenas había desaparecido Jacqueline tras la puerta de su cuarto, la sonrisa que animaba el rostro de lord Kingsdale se esfumó y se pasó la mano por el vacío estómago.

¡Bonito porvenir le esperaba! ¡Quince días sin comer!

Pero de pronto una tentación surgió en su espíritu y la puso en seguida en práctica.

Volvió a bajar al comedor. El fondista estaba en aquel momento muy ocupado echando a la calle a todos los clientes que quedaban, tarea tan difícil, porque todos estaban borrachos.

Cuando hubo terminado la ingrata tarea, lord Kingsdale le llamó aparte y le preguntó:

—¿Qué puede darme de comer?

—¿A estas horas? Nada absolutamente. Está apagada la cocina.

Lord Kingsdale tuvo un gesto de desolación.

—Pero tendrá usted algo frío, ¿verdad?

—Agua. Eso es todo lo que puedo servirle.

El inglés se desplomó en una silla. Allí permaneció un buen

ruto, pensativo. De pronto se levantó con el semblante de quien acaba de hacer un descubrimiento.

—¿Tiene usted teléfono?

—Eso, sí.

—Pues pida usted el 32.755, de París.

El fondista pidió el número, y momentos después lord Kingsdale hablaba con su criado, que ya estaba en la cama.

Las órdenes fueron rápidas y terminantes.

—Coge un auto, llénalo de comestibles, de vino y de cigarras y alcánzame en la carretera de Lión. Yo haré lo necesario para que me alcances. Vístete bien elegante, pues te harás pasar por banquero, y nos invitarás a mí y a la persona que me acompaña a grandes banquetes. Hazte llamar, por ejemplo... señor Benoit, y ten presente que para mí acompañante no soy lord Kingsdale, sino Anatole Biscotte. Tú fingirás que eres gran amigo mío y así estarán justificados los convites.

Y con esto, lord Kingsdale se retiró a descansar más tranquilo.

* * *

Entretanto otro auto recorría las carreteras de Francia. Era el pequeño Citroen del verdadero Biscotte.

Al avanzar producía un ruido que no se sabía si era del motor de auto o de una camioneta cargada de latas de sardinas.

De pronto el auto se paró y Anatole comprobó horrorizado que se había terminado la esencia en el depósito.

Preguntó al primer motorista que pasó si había cerca algún puesto de gasolina, y el interrogado respondió sin detenerse que el más próximo estaba a veinticinco kilómetros de distancia.

Anatole se sintió morir. La noche era oscura. No se vislumbraba en las cercanías ninguna luz que le diera la esperanza de encontrar un refugio. Y no era cosa de darse una caminata de veinticinco kilómetros para comprar gasolina. Había que esperar a que pasara un automóvil que quisiera cederle la esencia necesaria para llegar al puesto donde llenar de nuevo el depósito.

Y como era de noche y no pasaba ningún automovilista, se arregló como pudo una cama en el interior del minúsculo auto y se echó a dormir.

* * *

Mirsoel se presentó con un ramo de flores en casa de Jacqueline. Ni con vacaciones ni sin vacaciones podía pasar dos días sin verla. Su ferviente amor no podía en modo alguno aceptar las

negativas que tan insistentemente le había dado su adorado tormento. Mirasol se había dicho: "O esa mujer o la muerte". Y estaba decidido a defender su vida hasta el último momento.

Cuando la vieja criada le dió la noticia de que Jacqueline se había marchado de excursión a la Costa Azul, Mirasol lanzó un gemido.

— ¡Me lo figuraba! ¡Ya sabía yo que no pasaría en París las vacaciones!

Y de pronto le asaltó una tremenda duda.

— ¿Se ha marchado sola?

— No, señor.

— ¡Ah! Me lo figuraba también. ¿Quién la acompaña?

— Anatole Biscotte.

— ¡Un hombre! ¡El muy canalla! ¿Y quién es ese señor Biscocho?

— Biscotte.

— Bueno, como se llame.

— Pues es un joven tenedor de libros al que le ha tocado un auto en una rifa.

— ¿Y se han marchado en el auto?

— Sí, señor.

Mirasol arrojó las flores al suelo y comenzó a dar saltos y a patallar furiosamente.

— ¡El muy bandido! ¡He de matarle! ¡Me lo voy a comer! ¡No va a quedar de él ni una uña!

Y echó a correr escaleras abajo, dando unos saltos que en un circo habrían sido un éxito.

Se fué inmediatamente a una agencia de artistas de teatro y pidió fervientemente al director que le diera un contrato para la Costa Azul.

— ¿Un contrato? ¿Pero usted cree que eso se obtiene así como así? Ante toda hay que tener facultades.

— Eso es lo que a mí me sobra.

— ¿Qué sabe usted hacer?

— Todo lo que quiera. Tocar el piano, bailar, saltar e incluso hacer juegos malabares.

— Ya veremos. Por ahora no necesitamos nada de eso.

— Es que no puedo esperar, señor director—exclamó el demandante con un gesto de desesperación—. Necesito ir inmediatamente a la Costa Azul para matarlo.

El director le dirigió una mirada interrogadora.

— ¡Sí, señor! ¡A matarlo! — exclamó Mirasol, con gestos desahogados y teatrales—. He de matar al canalla que se me ha llevado a mi amor. Porque se me la ha llevado, ¿sabe?

— Bueno, bueno. Todo eso me importa a mí muy poco. El caso es que...

— No acepto una negativa. Permítame que le demuestre mis fatiidades.

Y como oyera que en una de las estancias contiguas tocaban el piano y bailaban, se levantó de un salto, entró en la habitación y, dando un empujón al pianista, se sentó en la banqueta.

Al compás de la música estaban bailando unas cuantas muchachas ligeras de ropa, y el baile era lento y antiguo. Mirasol atacó con valentía una danza moderna de esas que ninguna muchacha puede oír sin que se le vayan los pies, y a los pocos momentos todo en aquel salón había cambiado. Las muchachas se retorcian y saltaban graciosamente. Mirasol tocaba, cantaba y llevaba el compás con la cabeza. El ambiente, que antes era como un suspiro, ahora parecía una carcajada. Incluso el director se sintió acometido de aquella alegría arrolladora que todo lo llenaba y comenzó a marcar el compás con el pie.

Mirasol se había salido con la suya. Aquella misma noche partía en dirección a Montecarlo, acompañado de otra artista que iba también contratada por cuenta de la agencia a la Costa Azul.

VI

Al lado del camino, en uno de los más bellos parajes de la campiña francesa, estaban sentados en el suelo lord Kingsdale, Jacqueline y el "señor Benoit".

Entre los tres había un gran mantel lleno de los más exquisitos manjares y varios vasos vacíos que habían contenido vinos de las mejores marcas.

Lord Kingsdale había recuperado todas las fuerzas perdidas en una noche de ayuno. Estaba contento y parlanchín. En cuanto al "señor Benoit", aprovechaba aquella oportunidad para beber sin tasa y comer sin freno.

— Esperen ustedes — exclamó—. Tengo unos *marrons glacés* que son una delicia.

Se dirigió a uno de los dos autos que estaban en la carretera



—Tengo que reunirme con una persona a la que no conozco.



Cuando la criada le entregó los dos neumáticos...



—Sí. Esa fonda tiene cara de barata.



—Esperen ustedes—exclamó—. Tengo unos *marrons glacés*.



—¡Váyase, váyase en seguida!



—Perdóneme, pero espero al señor Biscotte.



—El prefecto está seguro de que se trata de un aventurero...



— ¡He aquí tu nueva casa, señora de Kingsdale!

y comenzó a sacar de su interior cestos y más cestos, en los que toda clase de manjares, frutas y dulces se confundían. Sacó también un melón de regular tamaño, que depositó sobre la capota del coche, y por fin encontró la caja que buscaba.

Entretanto, Jacqueline y lord Kingsdale cruzaron breves palabras:

—¡Qué simpático y qué generoso es su amigo!

—Pues esto no es nada con lo que va a hacer en el resto del viaje.

—No podemos consentir que nos invite siempre.

—Déjelo usted. Es rico y tiene la manía de los convitos. Si no nos aprovechamos nosotros, se aprovecharán otros.

Este argumento pareció convencer a Jacqueline.

Lord Kingsdale exclamó:

—Ahora me dejaría cortar el brazo derecho antes de quedarme sin un buen cigarro.

Y olvidándose de la comedia que estaba representando, se volvió hacia su criado y le ordenó:

—¡Eh! Dame un cigarro.

Jacqueline le dió un golpe con el pie:

—Pero, hombre, ¿qué modales son esos?

—Es verdad—dijo lord Kingsdale comprendiendo su descuido, y añadió con extrema amabilidad—: Decía, "señor Benoit", si tiene usted la bondad de darme un cigarro.

—Con mucho gusto.

Y el criado cargó con media docena de cajas, que fué entregando a lord Kingsdale. Este las fué abriendo una a una, hasta encontrar su cigarro favorito y comenzó a fumar con expresión de delicia. Al mismo tiempo conectó un aparato de radio que el "señor Benoit" había tenido el acierto de añadir al cargamento de comestibles y la sobremesa fué deliciosa, entre fumar, charlar y oír música.

Cuando terminó la transmisión de la pista de música, el speaker de la estación de París envió el siguiente aviso:

¡Atención! Se están registrando continuos atracos en las carreteras de Francia. En la noche pasada han sido derallijados cuatro automóviles. Los automovilistas deben ir prevenidos.

El "señor Benoit", que en aquel preciso momento, al calor del buen vino, se disponía a contar una de sus hazañas en las selvas vírgenes, se puso pálido al oír el fatídico anuncio.

Jacqueline, que tampoco era una heroína, tuvo también un gesto de aprensión. Lord Kingsdale, en cambio, se echó a reír.

—No parece que le haya hecho mucha gracia, "señor Benoit".

—Es que realmente no la tiene, "amigo Biscotte".

Y en este preciso momento se oyó el tableteo de una ametralladora.

El "banquero" se puso en pie de un salto y empuñó el revólver. El tableteo se oía cada vez más cerca. Paso a paso, se dirigió el crido al automóvil cargado de comestibles y se parapetó en él con el revólver apercibido. Estaba cada vez más pálido y la mano le temblaba. Apuntaba al cruce cercano de dos caminos, pues el espeluznante ruido se oía por la carretera que cruzaba a aquella en que ellos se hallaban.

De pronto el tableteo se hizo más intenso y el auto de la ametralladora apareció en el camino, al mismo tiempo que el melón caía de la capota donde había sido colocado por el "banquero" y chocaba con la cabeza de éste.

El crido de lord Kingsdale lanzó un grito y oprimió el gatillo, al mismo tiempo que se desplomaba sobre un cesto de plátanos, aturdido por el golpe.

El proyectil fué a incrustarse en un neumático del auto de la ametralladora, que no era otro que el del verdadero Biscotte, y que no llevaba ametralladora ninguna, sino un motor que no había conocido jamás el silencio.

Rápido había sido su paso por el cruce, pero este tiempo bastó para que la fatalidad se cebara en él, mejor dicho, en uno de los neumáticos del cochecillo, en forma de proyectil.

Biscotte se creyó amenazado por una banda de atracadores y, en vez de detenerse para reparar la avería, oprimió el acelerador. El pequeño y ruidoso automóvil se alejó dando saltos como una langosta y haciendo eses como un borracho.

VII

Una vez llegaron a Montecarlo, el "señor Benoit" arregló ingeniosamente el asunto del hospedaje. Invitó a sus amigos a hospedarse en el mismo hotel que él, y como Jacqueline opusiera resistencia, pues no le parecía bien aceptar tan valiosas y continuas

invitaciones, el falso banquero les amenazó con enfadarse si le desairaban, porque para él, según dijo, no había nada en el mundo peor que un *desaire*.

En vista de eso aceptaron, y el "señor Benoit" encargó en el mejor hotel dos habitaciones de parte de lord Kingsdale: una para el señor Biscotte y otra para una dama que le acompañaba.

Y advirtió, recalcando bien las palabras:

—Desde luego, el señor Biscotte debe de ser tratado como si fuera el mismo lord Kingsdale.

Cuando Jacqueline entró en la magnífica habitación que le habían destinado, creyó estar viviendo un hermoso cuento de hadas. Se asomó a un espacioso balcón que daba a un jardín y allí pudo ver reunido a lo mejor de la sociedad francesa. Elegantes vestidos de playa y de calle, jóvenes que vestían con esa elegancia inimitable que se adquiere en la cuna, distinguidos caballeros y damas enojadas. Todas las mesas del elegante bar estaban totalmente ocupadas y en medio de ellas sonaba una orquestina acompañando a un tenor que cantaba bellas canciones sentimentales.

"¿No será todo un sueño"? se preguntaba Jacqueline. Y se contestó al fin: "Es una realidad, pero que sólo ha de durar quince días."

* * *

En otro hotel de la ciudad acataba de entrar Anatole Biscotte, con su traje de cazador de fieras.

El *maitre* asió a su encuentro para que no pasara del zaguán un tipo como aquel, que de tal modo había de desentonar en medio de la distinguida clientela, y al enterarse de que deseaba una habitación, se apresuró a enviarlo al hotel de al lado.

En éste le sucedió lo mismo al afortunado dueño del Citroën, y así fué de hotel en hotel, hasta llegar a aquel en que ya estaba instalada Jacqueline.

El *maitre*, un caballero en toda la extensión de la palabra, elegante y distinguido como un *gentleman*, se dirigió hacia él apenas le vió entrar vestido de aquella guisa africana.

—¿Qué se le ofrece, señor?

—Deseo una habitación para dormir.

—¡Imposible! Las tenemos todas ocupadas. Habrá de ir a otra parte.

—¿Esto es una burla!—exclamó Biscotte altivamente—. He recorrido todos los hoteles de la ciudad y en ninguno hay una ha-

habitación para mí. Soy un caballero. ¿Por quién me han tomado ustedes?

—No dudo de su caballerosidad. Pero sucede que aquí está todo ocupado, hasta el cuarto de baño.

Y lo dejó plantado, haciéndole una seña al conserje para que se encargara de él.

El conserje, que era un hombre joven y decidido, se encaró con Biscotte:

—Ya le hemos dicho que no tenemos ninguna habitación disponible. Haga el favor de marcharse.

Biscotte se irguió:

—Perfectamente—dijo con altivez—. Se acordarán ustedes de Anatole Biscotte.

Al oír este nombre, el conserje se quedó estupefacto. Biscotte era el protegido de lord Kingsdale, el que debía ser tratado como el propio lord.

—Pero ¿es usted el señor Biscotte?

—¡Claro!

El conserje gritó:

—¡El señor Biscotte!

E inmediatamente se vió Anatole rodeado de una legión de criados, que le quitaron de la mano la maleta, de la espalda la mochila y de la cabeza el salakof.

El conserje se desbacia entretanto en excusas.

Y Biscotte estaba como el que ve visiones. Nunca hubiera podido imaginar que su apellido fuera tan famoso.

Le acompañó el conserje a la espléndida habitación que habían reservado para el protegido de lord Kingsdale.

Al ver el suntuoso aposento, Biscotte se llevó las manos a la cabeza.

—¡Oh!—exclamó, pensando en lo que subiría después la cuenta—. Esto es demasiado para un tenedor de libros.

—¿True usted un tenedor de libros? ¡Haberlo dicho, señor! En seguida hará que preparen una habitación para él.

Y antes de que Biscotte pudiera explicarse, ya había ido el conserje a preparar la habitación para el tenedor de libros del señor Biscotte.

Este estaba abrecogido. No se atrevía a dar un paso para no manchar aquella alfombra que se hundía bajo sus pies como

si tuviera muelles. Ante la cama experimentó la misma sensación de cobardía. Era un lecho digno de un harem.

Finalmente, decidió acomodarse en una butaca y su cuerpo entrocado desapareció en la profundidad del asiento.

VIII

Acompañado de un regimiento de botones, cada uno de ellos cargado con varias cajas, entró lord Kingsdale en el hotel y se dirigió a la habitación de Jacqueline. Como ésta continuaba absorta en la contemplación del elegante espectáculo que ofrecía el jardín, pudo entrar sin ser visto y hacer que los muchachos depositaran las cajas en la habitación, sin que su ocupante se diera cuenta.

Después abrió las cajas y fué colocando sobre los muebles una serie de preciosos vestidos, varios pares de zapatos, pieles y joyas.

—¿Qué le parece Montecarlo?—preguntó saliendo al balcón para reunirse con Jacqueline.

—¡Oh! Encantador.

—¿Y su habitación? ¿Le ha gustado?

—¡Es magnífica!

—Pues todavía le parecerá más magnífica ahora.

—¿Por qué?

—Venga y lo verá.

Al ver los preciosos vestidos, las hermosas pieles, las joyas, Jacqueline quedó más sobrecogida que entusiasmada.

—¡Pero todo esto debe de haberle costado un dineral!

—No lo crea. Ha sido una ocasión. En Montecarlo abundan esta clase de ocasiones. Todos esos vestidos han costado cien francos.

—¡Cien francos!

—Y esta piel veinticinco.

Pero el verdadero asombro de Jacqueline fué cuando vió un hermoso brillante y lord Kingsdale le dijo con gran sangre fría que sólo había costado doce francos y medio.

—¡Pero si en las escaparates los he visto yo a diez o doce mill!

—Es que los que usted ha visto en los escaparates son buenos, y éste es un pedazo de vidrio hábilmente tallado.

Jacqueline se echó a reír y fué a ponerse la sortija.

—¿Me permite?—inquirió lord Kingsdale.

—¿Por qué no?

El tomó primero la sortija y después la mano de su compañera de viaje. La verdad era que hasta entonces no habían sido sino francos y leales camaradas, cumpliendo su promesa, pero ahora, sin saber por qué, las manos de los dos temblaron al enlazarse.

Era tal vez el ambiente. Del jardín, con el aire fresco y perfumado de la noche, llegaban las canciones sentimentales del tenor. Por primera vez estaban solos en la intimidad de una habitación donde no les molestaban miradas indiscretas, y por primera vez se veían tan de cerca, los ojos de uno casi tocando con las pestañas los ojos del otro.

El le puso el anillo y, sin darse cuenta exacta de lo que hacía, rodeó con un brazo el tallo de Jacqueline. Ella se había recostado sobre el fornido brazo con un gesto de abandono. Y lo que durante todo el viaje habían callado como un precioso secreto, se lo iban a decir ahora en un segundo.

La canción del tenor hablaba ahora de besos y de amores. Lord Kingsdale sólo tuvo que adelantar un poco la cabeza para encontrarse con que su aliento y el de Jacqueline estaban confundidos. Un centímetro más y se habrían unido los labios.

Pero, de pronto, lord Kingsdale, en un magnífico alarde de delicadeza hacia aquella muchacha a la que acababa de hacer tan valiosos regalos, retiró la cabeza y soltó su tallo.

Ella no comprendió aquel gesto, pero siguió leyendo el amor en la mirada que su compañero de viaje le dirigía mientras iba hacia la puerta.

En ella se detuvo y le arrojó un beso con la mano.

En el jardín, como impulsadas por alas de oro, volaban las últimas notas de la canción de amor.

El criado de lord Kingsdale esperaba a su señor en el pasillo y le indicó cuál era su habitación.

—Perfectamente—dijo lord Kingsdale—. Puedes retirarte, si quieres.

Y ya iba a abrir la puerta de la habitación, cuando se detuvo para añadir:

—He comprado para ti un traje de playa digno del "señor Benui". Han quedado en mandarlo mañana a primera hora.

—Muchas gracias, señor.

Al entrar lord Kingsdale en su cuarto, quedó inmovilizado por la sorpresa. La habitación no estaba vacía. Se oía una mezcla de ronquido y silbido. Se dedicó a buscar al intruso y cuando lo encontró y reconoció en él a Anatole Biscotte, comprendió en un instante el conflicto que aquel hombre podía representar para él.

Lo zarandeo sin contemplaciones.

—¿Usted aquí? ¡Váyase, váyase en seguida!

—¿Pues vaya un susto que me ha dado usted!—replicó Biscotte abriendo perezosamente los ojos.

—¡Váyase, váyase en seguida! ¡Le doy cinco mil francos si se va!

Biscotte se irguió altivamente.

—Usted me ha confundido sin duda, caballero. Este cuarto es mío y no acostumbro recibir dinero de nadie.

—¿Le doy diez mil francos!

—¿Me está usted ofendiendo!

—¿Le doy veinte mil francos!

—¡Vengan!—exclamó Biscotte dando un salto y abalanzándose sobre sus maletas.

Cobró sus veinte mil francos y salió de la habitación más que de prisa.

Le llamó la atención un cartel que había en el pasillo. Leyó:

¡Cuidado con los ladrones!

Y con una aprensión muy explicable en un hombre que posee veinte mil francos, se lanzó escaleras abajo.

Pero el conserje le detuvo:

—¿Dónde va usted, señor Biscotte?

—A dar una vuelta.

—Ya tiene preparada la habitación su tenedor de libros.

En la mente de Biscotte nació una idea con la rapidez de un relámpago. Estaba cansado y tenía sueño. La modesta habitación que habrían destinado a su inexistente tenedor de libros le vendría muy bien.

—Bueno—repuso—. Como él no ha de venir hasta más adelante, la ocuparé yo. ¿Quiere usted decirme dónde está?

—Con mucho gusto, señor Biscotte.

Y el conserje lo condujo a ella.

Una vez solo, Biscotte ocultó el dinero en la almohada y se dispuso a dormir tranquilamente, cosa que buena falta le hacía a su cuerpo, tan largamente sometido a la trepidación del saltarín Citroen.

IX

En la orquesta del hotel, Mirasol tocaba el jazz-band nerviosamente.

Se había enterado de que Biscotte se hospedaba bajo aquel mismo techo y sólo esperaba terminar su trabajo para ir a ajustar las cuentas al odiado seductor.

Cuando la batuta del director señaló el final de concierto, Mirasol dió un tremendo salto y echó a correr escaleras arriba. Como ya había preguntado al conserje qué número tenía el cuarto de Biscotte, le fué fácil encontrarlo.

Entró como una tromba cuando Anatole se estaba poniendo los pantalones del pijama.

Se abalanzó sobre el que creía su odiado rival y le zarandeo violentamente, con lo que a Biscotte, que tenía los pantalones a media pierna, le fué sumamente difícil conservar el equilibrio.

—¿Es usted el señor Biscotte?

—Sí, señor. ¿Y usted quién es?

—¿De modo que es usted el miserable Biscotte?

—¡Cuidado con las palabras!

Al decir esto, Biscotte había intentado erguirse, pero un nuevo zarandeo por parte de Mirasol le impidió aquella demostración de arrogancia.

—¡Dígame! ¿Dónde está la muchacha?

—¿Qué muchacha?

—No distiñale usted y dígame dónde está.

—Pero ¿de quién me está usted hablando a esta hora tan inoportuna?

—¡Canalla! ¡Venga usted conmigo, que le voy a romper la cabeza!

—Ya me la romperá usted mañana. Ahora tengo mucho sueño.

Mirasol, cada vez más exasperado, miró a un lado y a otro, como buscando algo para tirárselo a Biscotte a la cabeza; pero, después de algunas vacilaciones, se decidió por la almohada, para utilizarla como guante de boxeo.

Biscotte se abalanzó sobre el escondrijo de sus billetes y quedó entallada una lucha grotesca, en que los dos terminaron llenos de púas.

Menos mal que cuando Biscotte pudo empujar al ardoroso Mirasol fuera del cuarto y cerrar la puerta, encontró entre las dos telas de la almohada su tesoro intacto.

* * *

A la mañana siguiente, Jacqueline pidió comunicación con el señor Biscotte y, naturalmente, le pusieron con Anatole, cuyo cambio de habitación ya conocía el encargado de la central, porque se lo había notificado el conserje. Biscotte quedó muy sorprendido al oír que una voz de mujer le decía:

—Lo espero en el jardín.

Y cuando aun no se había repuesto de la sorpresa, la puerta se abrió y la voz de un criado dijo, al mismo tiempo que introducía un brazo y cogaba en la puerta un traje:

—Para el señor Biscotte.

Este estaba como el que ve visiones. El traje era blanco, elegantísimo, como los que él había visto lucir a los jóvenes de las playas distinguidas en la fotografías de los semanarios.

Biscotte se tenía por un persona importante, pero no creía serlo tanto.

Se puso el mañanero y el elegante traje, aunque le venía un poco grande, y se dirigió al jardín dándose pista.

Preguntó a un botones:

—¿Sabes cuál es la señorita que espera al señor Biscotte?

—Sí, señor—repuso el muchacho, señalando a Jacqueline, que estaba sentada junto a un árbol— Aquella.

Biscotte se dirigió a ella y se presentó con una profunda gemeflexión.

—Tanto gusto en saludarla, señora. Estoy a sus órdenes.

Jacqueline sonrió con indiferencia.

—Perdóneme, pero espero al señor Biscotte.

—Precisamente por eso he venido.

—¿Acaso le envía él?

—¿Quién?

—Biscotte.

—Biscotte soy yo, señorita.

Jacqueline se echó a reír un tanto incorrectamente.

—Usted podrá llamarse Biscotte, pero el Biscotte que yo busco es otro. Es Anstole Biscotte.

—¿El que obtuvo un auto como premio en una rifa?

—El mismo.

—Pues ese soy yo.

Jacqueline, entre sorprendida e inquieta, comprendió lo que esto significaba si fuera verdad. Entonces, su acompañante no sería Biscotte, sino un impostor que se había burlado de ella.

—¡Eso es fulao!—gritó desesperada, desahogando su indignación contra el verdadero Biscotte.

Pero éste iba bien prevenido. Siempre llevaba encima uno de los periódicos que habían publicado su fotografía como un documento de identidad. Se lo mostró a Jacqueline.

—Convénzase usted.

La comprobación consternó a Jacqueline profundamente.

—¿Entonces quién es él?—preguntó.

—¿A quién se refiere?

—Al que se ha hecho pasar por usted.

—No creo que lo conozca. Por si acaso, haga el favor de mostrármelo.

Jacqueline condujo a Biscotte a un punto del jardín, desde donde se veía a lord Kingsdale fumando en el balcón.

—¿Aquel sinvergüenza es?

—Sí. ¿Le conoce?

—Nada más que de vista.

—¿Y cómo sabe que es un sinvergüenza?

—Porque me ha usurpado el nombre. ¡Habrás visto desluchatez! ¡Me va a oír ese canal!

Pero Jacqueline lo detuvo.

—Espere un momento. Yo me enteraré de quién es.

Se fué al encuentro de lord Kingsdale y después de saludarle amablemente, como si nada hubiera ocurrido, le preguntó:

—¿Quiere usted satisfacer una curiosidad que me domina hace tiempo?

—Con mucho gusto.

—En los almacenes donde usted trabaja como tenedor de libros, ¿venden medias del 43?

A lord Kingsdale le pareció que el cuarenta y cuatro era un número demasiado alto para el pie de una mujer, pero contestó:

—Desde luego. Allí vendemos toda clase de medias.

—¿Y a qué precio?

Ahora sí que se vió lord Kingsdale en un apuro. No tenía ni la más remota idea de lo que podrían costar unas medias de mujer. Hizo un cálculo y contestó:

—De cinco mil francos en adelante.

—¡Cinco mil francos!

Ante el gesto de asombro de Jacqueline, se apresuró a rectificar:

—Claro que las baratas valen mucho menos. Hasta por mil francos podría venderle a usted un par de medias.

No necesitó Jacqueline más para comprender que aquel hombre la había estado engañando.

—¿Usted no es Biscotte, verdad?

Lord Kingsdale quedó un momento desconcertado, pero repuso francamente:

—No, señorita. No soy Biscotte.

—¿Entonces quién es?

—Pues soy lord Kingsdale.

Experimentó Jacqueline una especie de profundo desaliento. No precisamente por el engaño que había sufrido, sino porque se daba cuenta de que los nobles no suelen casarse con las modestas dependientes de los almacenes.

Sin embargo, ¡había una expresión de amor tan inconfundible en la mirada de lord Kingsdale!

Eso la turbó sobremanera y huyó de la presencia del hombre al que seguía amando, para que éste no descubriera en su rostro lo que estaba pasando en su alma.

X

—¡Es un lord!—exclamó al reunirse con Biscotte, que esperaba el resultado de sus averiguaciones.

—¡Cuidado! Los aventureros se suelen hacer pasar por gente noble.

—¿Usted cree que será un aventurero?—inquirió Jacqueline con inquietud.

—Estoy seguro.

Y en seguida tomó la determinación de devolverle los veinte mil francos que le había entregado la noche pasada. Pero en vez de devolvérselos personalmente, se dirigió a la Prefectura de policía y los depositó allí, al mismo tiempo que denunciaba al caso ante el prefecto.

—Es un tipo sospechoso, que primero usurpó mi nombre y ahora se está haciendo pasar por lord Kingsdale.

El prefecto telefoneó al hotel y preguntó si el que se hacía pasar por lord Kingsdale lo era realmente.

El conserje repuso que estaba seguro, y añadió en voz baja:

—Es que en medio de todo esto hay una mujer.

El prefecto sonrió y dijo a Biscotte:

—Perfectamente, puede usted tomar su dinero y marcharse,

—¿Enviará usted a la policía?

—¡Ya lo creo!—exclamó el prefecto, con una ironía que para el buen Biscotte pasó inadvertida—. Mandaré nueve agentes para cada puerta.

Después de ciertas vacilaciones, Biscotte tomó los veinte mil francos que estaban sobre la mesa y regresó al hotel para comunicar a Jacqueline lo ocurrido.

—El prefecto está seguro de que se trata de un aventurero y va a mandar contra él a toda la policía de Montecarlo.

La noticia impresionó vivamente a Jacqueline, pues era lo cierto que, noble o aventurero, amaba a su compañero de viaje.

Por eso, llevada de aquel profundo amor que no distinguía de jerarquías, buscó al aventurero y le dijo:

—¡Huya usted! La policía va a venir a prenderle.

La noticia dejó un tanto estupefacto a lord Kingsdale. Pero era lo cierto que Jacqueline acababa de darle una prueba de verdadero amor, protegiéndole incluso cuando le creía un aventurero. Decidió aprovechar aquel ruego de amor piadoso.

—¡Acompáñeme! Así infundiré menos sospechas.

Después de algunas vacilaciones, Jacqueline se decidió y partieron los dos en uno de los automóviles de lord Kingsdale.

Biscotte, que casualmente había presenciado el rapto, salió en pos de los fugitivos, para librar a Jacqueline de las garras del cri-

minal, y Mirasol, que había visto salir a Biscotte y que, en cambio, no encontraba a su adorado tormento, echó a correr detrás de su rival y le dió alcance en el momento en que iba a subir en su pequeño auto.

—¡Alto! ¿Dónde está la secuestrada?

—¡Basta de comedias!

Pero Mirasol no parecía dispuesto a soltar a Biscotte. De pronto, el auto de lord Kingsdale, que se había alejado para dar la vuelta, pasó por delante de la puerta y Mirasol reconoció a Jacqueline.

—¡Se la llevan!—gritó.

Y arrojándose de cabeza en el auto de Biscotte, empuñó el volante.

El dueño del coche saltó dentro también, para defender su propiedad y se entabló una peligrosa lucha, que terminó cuando los dos se dieron cuenta de que perseguían el mismo objetivo, es decir, salvar a la muchacha de las garras del raptor.

• • •

—Vea usted si nos siguen—dijo lord Kingsdale, resuelto a no abandonar su papel de bandido, ya que le daba tan buen resultado.

Miró Jacqueline hacia atrás, y por el ventanillo trasero del coche vió que un pequeño auto les seguía. "Seguramente de la policía", pensó.

Y dijo:

—¡Acelere! Nos persiguen.

Le fué fácil al potente auto de lord Kingsdale separarse del casaca de Biscotte, basta que éste y Mirasol les perdieron de vista.

—Ahora hay que despistar—dijo el lord, desviando el auto a campo traviesa y deteniéndolo en un frondoso paraje donde quedó oculto.

Encendió un pitillo. Jacqueline estaba asombrada de tanta tranquilidad.

—Tiene usted una sangre fría asombrosa.

—Los bandidos somos así, señorita.

—Ya estamos aquí. Ahora ¿qué hacemos?

—De momento, dormir.

—¿Cómo?

—Voy a arreglarle la cama.

Desapareció lord Kingsdale en el interior del coche y en un instante quedó el asiento convertido en una cómoda cama que ocupaba todo el espacio, desde el fondo hasta el respaldo del baquet y de portezuela a portezuela. Mantas, sábanas, almohadas... Un verdadero alarde de provisión.

—Entre, cierre y estará usted como en la habitación de un hotel de primera categoría.

—¿Y usted?

—Yo me acomodaré en el baquet como pueda.

Jacqueline aceptó el ofrecimiento de su amigo, pero en su frente había la sombra de una preocupación. ¿Era noble dejar a la intemperie a quien tan generosamente se estaba portando con ella?

Ya estaba lord Kingsdale enroscado en el baquet cuando oyó que Jacqueline le llamaba:

—¡Entre!

—¿Yo?—inquirió lord Kingsdale con una mezcla de extrañeza y sorpresa.

—Sí.

Se apresuró a obedecer y vió que la cama estaba separada por una cortina que Jacqueline había improvisado.

—Así podemos dormir los dos con comodidad—dijo separando el *tabique* con la mano.

—¡Qué gran talento tiene usted!

Y a la mañana siguiente, cuando la naturaleza que los rodeaba revivió en un delicioso despertar, no existía el *tabique* en el interior del auto.

* * *

Completamente despistados y después de pasar en claro la noche, Biscotte y Mirasol decidieron regresar a Montecarlo. Una falsa maniobra de Anatole fué causa de que el pequeño auto-

móvil se despeñara por la abrupta muralla de un precipicio. Ellos se salvaron milagrosamente, gracias a un árbol al que pudieron asirse, pero Biscotte había perdido lo que más amaba en el mundo: su pequeño Clitron.

Días después, Jacqueline y su acompañante llegaban a un hermoso castillo. Una legión de servidores habían salido a recibirlos.

Y Jacqueline, que seguía creyendo un aventurero a su acompañante, tembló de emoción al oír estas palabras:

—¡He aquí tu nueva casa, señora de Kingsdale!

FIN

Números publicados:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Ellaso Landi, Victor Mac
Logien, etc.
LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.
AMOR PROHIBIDO, por Bárbara Stanwyck, Adolphe
Menjou, etc.
UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians.
UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.
JAQUE AL REY, por Emilie Cheutard, Pauline Garon, etc.

Sea usted lector de las selectas e inimitables
EDICIONES ESPECIALES de LA NOVELA SEMA-
NAL CINEMATOGRAFICA

Acaba de aparecer:

CHAMP (El campeón)

por Wallace Beery y el formidable p-queño gran actor
Jackie Cooper

LOS AMORES DE JOSE MOJICA

Novela de amor - Cartas - Anécdotas - Interviu
8 grandes fotografias

Esta semana:

LA ZARPA DEL JAGUAR

por Helen Twelvetrees, Charles Bickford y Robert Armstrong

La última producción de JOSÉ MOJICA, con Mona María y
Andrés de Segurúa

EL CABALLERO DE LA NOCHE

Bellísimo asunto de aventuras. Deliciosas canciones.
La mejor película de

José Mojica

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis.-Barcelona



E. B.

